



José Luis Moreno

Un asilo para los pobres. Los mendigos y sus historias de vida (Buenos Aires a mediados del siglo XIX),

Rosario, Prohistoria Ediciones, 2012

María Elena Barral

Un asilo para los pobres... es una respuesta históricamente situada a la pregunta “¿qué hacer con los pobres?”. En este libro, José Luis Moreno estudia la respuesta específica que se formuló en 1858 desde la Municipalidad de Buenos Aires con la creación del Asilo de Mendigos. A lo largo de cinco capítulos, un epílogo y un anexo documental, el relato entrelaza la historia de una iniciativa institucional –y sus vaivenes– y la de los mendigos y mendigas que habitaban el Asilo.

Sin duda, el autor se ha encontrado con una fuente excep-

María Elena Barral es Doctora en Historia (Universidad Pablo de Olavide), Investigadora adjunta (CONICET) y Profesora Adjunta (Universidad de Luján).

cional que, con gran generosidad, transcribe en el Anexo. Allí se hacen visibles historias que, en la inmensa mayoría de los casos, son sencillamente inaccesibles al examen del historiador. Se trata de un tipo de invisibilidad derivada de la escasa presencia de los sectores populares en las fuentes escritas y también del rechazo y la negación de la idea de pobreza en sí misma. A través de esta fuente, reaparecen casi dos centenares de pequeñas –e incompletas– biografías de hombres y mujeres que, por diversas razones, terminaron formando parte del primer contingente de mendigos y mendigas que inauguró el Asilo.

La fuente, por su parte, se encontró con un historiador extraordinario (y no todas las fuentes tienen esta suerte) que le formuló las mejores preguntas, otorgando densidad y profundidad a un conjunto de datos que de por sí eran valiosos. De esta reunión entre una fuente y un historiador excepcionales, resultó un gran libro.

Se trata de un encuentro afortunado por varios motivos. En primer lugar, porque esta nueva contribución de José Luis Moreno viene a sumarse a un recorrido propio dentro del dominio de la historia de la beneficencia institucionalizada, del papel de instituciones específicas –como el hospital de hombres y de mujeres– o de los diseños de una política social “antes de la política social”.¹ Moreno se ha preguntado sobre estos problemas desde el análisis de distintos tipos

¹ José Luis Moreno, *La política social antes de la política social: caridad, beneficencia y política social en Buenos Aires, siglos XVII a XX*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2000.

de fuentes (censos, registros parroquiales, entre otras), y es posible que haya conocido a estas mismas personas que en 1858 albergaba el Asilo, aunque probablemente en tramos anteriores de sus vidas.²

En su aproximación más global, el libro nos permite reflexionar sobre las transformaciones de la idea de la pobreza, de la caridad y de la beneficencia en un tiempo extenso (cuyos planteamientos generales se exponen en el Capítulo I: “Pobres, pobreza y memoria”). Al mismo tiempo, se reconstruyen las disputas institucionales e ideológicas en torno a la organización de la caridad, la intervención de la masonería –y sus propias creencias frente a la pobreza– y la presencia de una Iglesia que, por aquellos años, vivía una nueva recomposición, una de cuyas primeras concreciones fue la creación del Arzobispado en 1865 (Capítulo II: “La creación del asilo y sus vicisitudes”).

En el libro se despliegan procedimientos de análisis cuantitativos y cualitativos. El análisis cuantitativo nos permite conocer las características generales del primer grupo de mendigos y mendigas del Asilo y su estructura demográfica (Capítulo III: “Las características de los huéspedes: blancos y negros”). Entre sus principales rasgos, resaltan la importante presencia de extranjeros y de afrodescendientes y el impacto

² José Luis Moreno, *Historia de la familia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004. Junto a Juan Carlos Garavaglia, Moreno compiló *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense, siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Cántaro, 1993.

de las guerras que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo (Capítulo IV: “Las historias de la vida en boca de los asilados y en la letra de los empleados del Asilo”).

Pero es el enfoque cualitativo el que nos acerca de modo aún más potente a la densidad del drama de estas historias a partir de las cuales es posible armar microbiografías, reconstruir microcosmos y descubrir singularidades que iluminan algunos trazos de la historia de fines del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX (Capítulo V: “Representaciones simbólicas de los individuos y sus familias”).

Estas microbiografías conducen a descubrir nuevos problemas de los que aún no sabemos casi nada y ponen de relieve aspectos de la vida histórica sumamente opacos. A su vez, cada una de ellas permite considerar una trayectoria de vida posible. Entre estos caminos, se puede adivinar la suerte de los que conocieron la esclavitud o la de algunos extranjeros que envejecieron sin lazos familiares cercanos y que formaron parte de la inmigración previa a la “gran inmigración”, así como reconocer las marcas de las guerras en la sociedad de la primera mitad del siglo XIX.

En esta respuesta históricamente situada frente a la pobreza es posible ver la fusión y readaptación de instituciones e ideologías nuevas y viejas, como la caridad individual y la asistencia pública. Por su parte, si por un lado puede descubrirse la vigencia del mundo católico en el diseño de

los tiempos de la vida cotidiana del Asilo así como en el papel de los párrocos en la “derivación” de los varones y las mujeres al Asilo y de los grupos de laicos de presión en el diseño institucional del proyecto, por otro lado parece claro que la concepción cristiana de la pobreza (los pobres como la “imagen viva de Cristo” o “los templos vivos del señor” y la ayuda a los pobres como una obligación divina y como una oportunidad de salvación para los ricos) ya ha perdido centralidad. En contraste, la pobreza comenzaba a ser interpretada como antisocial y peligrosa, por lo cual era necesario contenerla y reducirla a través de la instalación de establecimientos hospitalarios y de asistencia social. Por su parte, el humanitarismo y el filantropismo trataban de basar la caridad en principios laicos, realizando una especie de laicización del amor al prójimo.

Sin embargo, al mismo tiempo, estos mendigos y mendigas eran pobres en el sentido más tradicional que esta noción habilita: una pobreza que se definía por distintos tipos de carencia de bienes importantes para la vida individual y social—económicos, de salud, de influencia o poder social o de saber— y que se expresaba en situaciones de dependencia, debilidad y humillación. De este modo, el análisis de Moreno de la pobreza y de la mendicidad —y de los medios instrumentados para tolerarlas y contenerlas— proporciona materiales y argumentos muy valiosos para la discusión sobre la secularización y la laicización en tanto procesos diferenciados y reversibles.

Un asilo para los pobres... constituye, por otra parte, un gran aporte para la historia popular y, de algún modo, desmiente la idea de que la reintegración de las clases populares a la explicación histórica solo es posible bajo el epígrafe del número y de las aproximaciones cuantitativas, que es lo mismo que decir que las clases subalternas se encuentran condenadas al silencio. En contraste, las microbiografías de los primeros mendigos y las mendigas permiten considerar sus historias individuales y las historias colectivas de los diversos grupos de los cuales formaban parte. Además, brindan la posibilidad de explicar la “gran historia”. Así, sus vidas están presentes, por ejemplo, en las campañas militares a Chile, el Perú y el Paraguay—bajo las órdenes de San Martín, Las Heras o Belgrano—, en la guerra con Brasil o en los conflictos políticos del rosismo. Este libro pone de manifiesto que su intervención en este tipo de acontecimientos político-militares no parece haberles asegurado futuros prósperos. Sus historias, sintetizadas de un modo muy parcial en los registros del Asilo, también llevan a restituir los momentos más activos de sus vidas y, al mismo tiempo, considerar el aspecto menos glorioso de las gestas colectivas, lo que ellas dejan en el camino...

José Luis Moreno se detiene en este aspecto y describe a los sobrevivientes de las guerras (casi la mitad de los mendigos varones) componiendo “... una fotografía desgarradora. Hombres cuyas heridas físicas y mentales no han cicatrizado, inválidos, enfermos

e impedidos de valerse por sus propios medios, desahuciados, muchas veces solos y aislados, a pesar de tener algún familiar o familia entera. El tono de los relatos no es heroico ni glorioso; en su mayoría no eligieron la vida militar; eran civiles de las más variadas profesiones y orígenes”.

La mayoría de las historias de los mendigos que reconstruye el autor acumulan tragedias. Algunos pasajes de estas reconstrucciones merecen reproducirse porque revelan un tipo de tratamiento de los problemas abordados que combina el deseo de comprenderlas y una profunda receptividad. Sobre Ramona Oliva escribe: “Hemos visto historias de muchas pérdidas de hijos, hecho normal para aquella época, pero el haber perdido doce de once era terrible aun en esos tiempos. En ese sentido, haber atribuido al único hijo vivo poderes sobrenaturales como para dejarla ciega, parece más la voz de la confusión mental que la de una persona cuerda. Ello explica la descripción del empleado del Asilo”.

Desde el comienzo del libro, Moreno advierte sobre las dificultades que atraviesan el tema de la pobreza y señala las reacciones más habituales frente a la misma: la negación y el rechazo. Y su análisis, al mismo tiempo que reconstruye una respuesta histórica específica frente al problema de la pobreza y de la mendicidad, también presenta una búsqueda de comprensión de ambos fenómenos para reconstruir las condiciones de su existencia y de su rechazo. Se trata de una búsqueda donde se ponen en juego rigurosos procedimientos de análisis y también una notable sensibilidad y un compromiso. Por eso, dedica la página final (“Después del epílogo”) a la situación actual de los pobres en la Ciudad de Buenos Aires –visible para todos– y al rechazo de un gobierno que no quiere verlos y los expulsa y abandona dejando a importantes sectores de su ciudadanía en condiciones de inseguridad sanitaria, educacional y habitacional.